

La Salle tenían fama de ser los mejores del Canadá. Viendo, pues, organizado su dominio, teniendo bajo sus órdenes una fuerza armada, bien instruida y pertrechada, que guardaba el fuerte, construido ya con el objeto de servir de núcleo y base de operaciones ulteriores; viéndose también patrono de una iglesia y fundador de una misión, quiso dar un paso más, y en el otoño del año 1677 marchó a Francia, donde presentó su proyecto principal al ministro Colbert. Este lo apoyó cerca del rey y Luis XIV le autorizó para hacer todas las exploraciones que quisiese en el suelo americano, para construir fuertes en los puntos que juzgara más oportuno, y para organizar el comercio de pieles de búfalo, todo a sus expensas y dentro del plazo de cinco años so pena de quedar anulada la concesión si al cabo de este tiempo no había cumplido sus promesas y realizado su proyecto.

Logrado su deseo, regresó a América en compañía de un oficial italiano llamado Enrique de Tonti, que fue para él una adquisición inapreciable. Al llegar a sus dominios construyó un fuerte distante algunos kilómetros del río Niágara (1) y que venía a ser la llave de los cuatro grandes lagos y de consiguiente de la región principal del comercio de pieles. En tiempo de paz y de guerra era este castillo una barrera contra los iroqueses, que por allí se proveían de las pieles que luego cambiaban en Albany por los artículos que necesitaban de los ingleses. Hecho el fuerte, construyó también un buque más arriba del salto del Niágara, y siendo indispensable su presencia en el fuerte de Frontenac hizo el viaje allí a pie. Sus enemigos habían hecho correr la voz de que su empresa era irrealizable y jamás volvería de ella. Esto había espantado a sus acreedores, los cuales habían corrido a embargar cuanto La Salle poseía en el Mediodía del Canadá; de suerte que si hubiese tardado en regresar habrían sido incalculables los perjuicios que hubiera experimentado.

A principios del mes de agosto de 1679 fue botado al agua el nuevo buque, que recibió el nombre de *Griffin*, el primer buque de vela que ha surcado el lago Erie. En una de las islas tenía La Salle dispuesto ya un rico cargamento de pieles, que fue embarcado en el *Griffin* para ser trasladado a Quebec a fin de satisfacer a sus acreedores; el buque partió, pero no llegó a Quebec ni se volvió a saber nada de él ni del cargamento. Esta pérdida irreparable fue el principio de las desgracias que desde entonces persiguieron a La Salle. Otro buque que le llevó de Francia un cargamento que valía 22,000 francos, se perdió a la entrada del San Lorenzo.

La Salle pasó aquel invierno en una aldea de indios illinois, donde desertaron muchos de los individuos que le habían acompañado; y antes de quedarse solo les ocupó en la construcción de un fuerte al cual llamó Crevecoeur, en el territorio del actual estado de Illinois. Allí había determinado construir también un buque en el cual quería recorrer el Mississippi, pero las jarcias y demás armadura del nuevo buque estaban a bordo del *Griffin*, y este había desaparecido para siempre. Construido ya el casco del nuevo buque, que era de cuarenta toneladas, La Salle se dirigió a pie, con cuatro franceses y un cazador indio, al fuerte Frontenac y a Montreal, a fin de reunir allí todo lo necesario para aparejar el buque. Dió a un fraile recoleto llamado Hennepin el encargo de recorrer y explorar en su ausencia el río Illinois hasta su desembocadura en el Mississippi, y el fraile hizo el viaje corriendo grandes peligros, tanto que al fin cayó en manos de los indios sioux; pero logró evadirse y volver a Francia, donde se alabó de haber llegado hasta la desembocadura del Mississippi, lo cual no era verdad.

Sobre el viaje a pie desde el fuerte Crevecoeur a Montreal,

(1) Que une los lagos Ontario y Erie.

que duró 65 días, escribió el mismo La Salle, en 29 de setiembre de 1680, a uno de sus socios: «No obstante el deshielo primaveral que aumentaba grandemente las dificultades del terreno, cruzado en todas partes de ríos y cubierto de pantanos; a pesar de la distancia, que en línea recta era aproximadamente de quinientas leguas francesas; a pesar del peligro de encontrarnos con indios de cuatro ó cinco naciones diferentes cuyo territorio era preciso atravesar, ó con una hueste de iroqueses que según sabíamos recorría aquella región; a pesar del hambre que nos esperaba; no obstante tener que pasar las noches a la intemperie, frecuentemente con el estómago vacío y sin dormir para vigilar, después de andar todo el día cargados de mantas de lana y otras prendas de vestir, llevando el caldero, el hacha, el mosquete, la pólvora, el plomo, cuero para cortar mocasinas so pena de ir descalzos, cruzando bosques intrincados, trepando por peñas cubiertas de nieve ó atravesando pantanos con agua a veces hasta el pecho ó hasta el cuello; a pesar de todo esto, que sabía por experiencia nos aguardaba, no titubeé en emprender el viaje a pie al fuerte de Frontenac para informarme allí personalmente de la suerte de mi buque y para buscar todo lo que necesitábamos.»

Cuando La Salle llegó a Montreal quedó todo el mundo admirado, y con su actividad y energía consiguió reunir en una semana todo cuanto necesitaba; pero al llegar a Frontenac supo que después de su partida de Crevecoeur había desertado casi toda su gente y que los desertores, después de saquear los almacenes y de arrojar al río lo que no podían llevarse, estaban acechando la vuelta de su amo para matarle y librarse así de todo castigo. Al oír esto La Salle marchó al encuentro de los traidores; logró capturarlos a todos, y los encerró en los calabozos del fuerte hasta la llegada del conde de Frontenac, que como representante del rey debía juzgarlos. Su esperanza de encontrar siquiera a su lugarteniente Tonti en Crevecoeur resultó también ilusoria, porque los iroqueses habían sorprendido y arrasado el fuerte para someter a los indios illinois y otras tribus, y apoderarse así del comercio de pieles de todo el Oeste, incitados además, probablemente, por los adversarios canadienses de La Salle. Entonces aquel hombre impertérrito y de recursos intelectuales inagotables propuso a todas las tribus enemigas de los iroqueses que olvidaran sus disidencias y formaran una liga ofensiva y defensiva contra ellos, ofreciéndose a ser su jefe, a establecerles alrededor del castillo de Crevecoeur y a proveerles allí de cuanto necesitaran a cambio de pieles, mientras los misioneros podían más fácilmente hacer entre ellos su propaganda religiosa. Los indios aceptaron, y entonces creyó La Salle poder emprender su viaje de exploración del Mississippi. Embarcóse en canoas con la gente que pudo reunir, y el 6 de abril de 1682 encontróse ya en las desembocaduras de este río, viendo delante de sí la inmensa sábana del golfo de Méjico. El 9 de abril erigió cerca de una de las bocas una columna conmemorativa, y después de una ceremonia religiosa y algunas salvas de sus mosquetes tomó posesión de todo aquel inmenso territorio entre la Florida y Méjico en nombre del rey de Francia, en cuyo honor lo llamó Luisiana, comprendiendo en este nombre toda la inmensa cuenca del Mississippi y de sus tributarios hasta las fuentes del Misouri.

Apenas hubo regresado de este viaje, se dedicó con su teniente Tonti a fundar, a orillas del Illinois, una colonia franco-india y después algo más abajo a orillas del Mississippi, el fuerte, hoy ciudad, de San Luis, a cuya sombra se establecieron tantas familias indias que La Salle estimó en veinte mil el número de almas en la memoria que envió al ministro de Marina. En otoño del año 1683 volvió a Francia para exponer al rey sus nuevos proyectos, y tanto gustó su rela-

ción al rey, que en lugar de dos buques de guerra le entregó cuatro y además le proporcionó un gran número de familias para la colonia que La Salle se proponía fundar en la embocadura del Mississippi.

En la travesía de vuelta, cayó La Salle gravemente enfermo. Así cuando los buques estuvieron en el golfo de Méjico no hubo ningún práctico que supiese el derrotero y la expedición pasó de largo. Varios buques se perdieron con su cargamento, y los restantes echaron anclas en la embocadura de un río del territorio de Tejas, donde se trató de establecer una colonia; pero La Salle, aunque convaleciente y debilitado por la enfermedad, conoció el error é hizo un supremo esfuerzo, variando de rumbo para descubrir el Mississippi. En el camino se sublevó su gente y en 19 de marzo de 1687 murió asesinado el héroe al cual la América del Norte civilizada debe eterna gratitud, porque abrió aquel continente con sus inagotables riquezas a la actividad europea.

Los asesinos encontraron muy pronto su merecido; la colonia de la cual no quisieron separarse sucumbió víctima del hambre y de los ataques de los indígenas.

Solo doce años después logró fundar en aquellas playas una colonia duradera el canadiense Lemoine d'Iberville.

La Luisiana

Los progresos de los franceses en la América del Norte empezaron a ser de año en año más notables desde que el preclaro talento de La Salle había abierto a sus compatriotas nuevos y vastísimos horizontes. En junio de 1701, De La Motte Cadillac fundó la primera colonia de europeos en el Michigan, a la cual llamó Detroit, y que estaba situada en una comarca hermosa y feraz, donde hurones y otavas establecieron pronto muchas aldeas a la sombra protectora del nuevo fuerte. El fuerte y la colonia de San Luis, fundados por La Salle, se mantuvieron y prosperaron, de modo que veinte de sus habitantes franceses pudieron acompañar en el año 1701 a Tonti en su excursión por el Mississippi. Varios misioneros fundaron otros centros franceses de población y consiguieron notables resultados con su propaganda religiosa, particularmente Pinet en Cahokia y Mermet en Kaskaskia. El ya citado Lemoine d'Iberville, del Canadá, guerrero valiente y marino arrojado, que en 1686 había arrebatado a los ingleses sus estaciones de la bahía de Hudson, ancló con algunos buques en la de Mobila, desde donde trató de llegar al Mississippi; su hermano Bienville fundó dos años después una estación francesa, que llamó Rosalia, en el territorio de los indios nachez, hoy extinguidos, pero cuyo nombre lleva todavía la estación, hoy ciudad de Natches, a orillas del Mississippi. Desde aquel centro envió una expedición al Nuevo Méjico en busca de criaderos de oro. Estando en el mes de setiembre de 1699 explorando el delta del Mississippi más abajo de Nueva Orleans, llegó allí un buque inglés de 16 cañones que formaba parte de una expedición organizada por un médico de Londres para tomar posesión, con pretexto de algún antiguo derecho, de la embocadura del caudaloso río; mas Bienville logró convencer al capitán de que Francia tenía establecidas ya allí varias colonias y el inglés se retiró.

Estas colonias francesas eran, por lo demás, insignificantes, porque tres años después, en 1702, había en toda la Luisiana de entonces solo treinta familias francesas, que en lugar de cultivar la tierra se mantenían miserablemente cazando búfalos, buscando perlas a orillas del mar y criaderos de metales preciosos en tierra. En 1712 cedió el rey Luis XIV a un comerciante llamado Crozat el monopolio del comercio con la Luisiana; pero Crozat no obtuvo beneficio alguno,

porque los españoles de Veracruz no le dejaron siquiera entrar en el puerto, y un agente suyo, que se dirigió a Méjico por tierra, fué preso después de haber salido ileso de mil peligros en el camino atravesando inmensos desiertos. El gobernador de la Luisiana, que era el ya mencionado Lamotte Cadillac, y también socio de Crozat, hizo un viaje de exploración en busca de criaderos de oro al territorio que hoy forma el Estado del Misouri, donde encontró mucho plomo pero nada de oro. Todos estos desengaños habrían debido inclinar al gobierno francés a fomentar la agricultura en aquellas dilatadas posesiones, para movilizar la verdadera riqueza que encerraban, pero no hizo nada de esto. Habiendo renunciado Crozat a su privilegio, el gobierno lo cedió a una sociedad colectiva llamada Compañía del Mississippi, a cuya cabeza se puso el famoso banquero y hacendista Juan Law, el cual, a fuerza de grandes reclamos, pudo enviar allí ochocientos colonos, que llegaron en el año 1717 a su destino y fundaron la ciudad de Nueva Orleans, llamada así en honor del Regente el duque de Orleans. La nueva ciudad, establecida en medio de pantanos y poblada con penados y mujeres de vida airada, no pudo prosperar. Entonces enviáronse a la Luisiana los pobres que los sayones de Law cogieron en una leva, embarcando a cuantos no podían dar razón satisfactoria de sus medios de subsistencia; pero también llegó el día del desengaño: la Compañía del Mississippi renunció a todos sus privilegios, reservándose únicamente el del comercio con la India, y finalmente ocurrió el desplome espantoso del colosal edificio financiero de Law, la quiebra mayor que el mundo ha visto, y Law huyó.

La Luisiana tuvo que pasar en una larga serie de años por todas las miserias que suelen afectar a las colonias durante el primer período de su existencia, a pesar del millon y medio de francos que Law había empleado en ella y de los trescientos esclavos negros que había introducido. De la colonia de seis mil europeos que Law había proyectado a orillas del Arkansas, encontró un jesuita francés, en el año de 1727, solo treinta familias sumidas en la miseria.

Para mayor desgracia, sublevaronse en 28 de octubre de 1729 los indios nachez y degollaron a cuantos franceses cayeron en sus manos, calculándose el número de víctimas en 200 individuos. Los habitantes de Nueva Orleans se libraron del degüello por la distancia que separaba su ciudad del interior. No dejó el gobierno francés esta sorpresa sin castigo, porque exterminó todo el pueblo nachez y vendió los prisioneros, 400 individuos, entre ellos el cacique, por esclavos en la isla de Haití. Habiendo renunciado la compañía del Mississippi a su privilegio, la Luisiana volvió en 1732 bajo la inmediata dependencia de la corona francesa.

En 1736 los franceses hicieron una expedición contra los indios chicasas, que habitaban la cuenca del río Tennessee y parte del territorio del actual Estado del Alabama. Esta campaña tuvo un resultado funesto, porque entre otros cayeron en poder de los indios el jefe de la expedición, el bizarro Artaguette, Vincennes, el fundador de la plaza mercantil del mismo nombre, y un jesuita. Los salvajes vendaron con cuidado las heridas de Artaguette, dieron de comer y de beber a sus víctimas y luego las llevaron al sitio donde celebraron a su vista las danzas guerreras. Después les condujeron al poste del martirio, los ataron y los quemaron a fuego lento, haciéndoles padecer indecibles tormentos. También vengó la Francia la muerte de los suyos, a cuyo fin envió en 1739 contra los salvajes un verdadero ejército formado de fuerzas del Canadá y de tropas regulares de Francia, en junto 1,200 blancos, a los cuales se unieron 2,000 guerreros indios aliados. Poco faltó para que quedara extermi-

nado completamente este numeroso pueblo indígena, cuyos restos fueron arrojados al otro lado del Mississippi.

Medio siglo despues de haber descubierto La Salle la Luisiana, cuya extension era entonces inmensamente mayor que la del actual Estado de este nombre, no contaba el país mas que unos 5,000 habitantes blancos, 2,500 esclavos de color y las tribus indígenas. Con la introduccion del cultivo de la caña dulce en los puntos mejor situados empezó á desenvolverse y á prosperar aquel dilatado territorio.

Segunda guerra intercolonial

Los europeos encontramos chocante la importancia que los historiadores americanos dan á guerras en que figuran fuerzas insignificantes y en cuyas batallas hubo diez ó veinte muertos y heridos; pero si miramos estos sucesos con atencion, veremos que su trascendencia no cede en nada á la que han tenido las batallas mas mortíferas de Europa donde las bajas se cuentan por millares. Las guerras entre las colonias inglesas y francesas en la América del Norte empezaron de este modo sin conducir á resultados decisivos; mas á medida que las colonias adquirieron mayor fuerza, sus guerras se hicieron mas mortíferas. Cuando Kirk en el año 1629 hizo capitular á Quebec, le bastaron cien hombres. En la segunda guerra intercolonial los jefes ingleses Phipps y Winthrop mandaron fuerzas mucho mas respetables; hubo muchas bajas, pero el resultado fué insignificante para el resto del mundo; y segun el censo del año 1688, en toda la Nueva Francia no habia mas que 11,249 habitantes franceses. La tercera guerra intercolonial costó la ruina á un par de aldeas pequeñas y la vida á muchos infelices, pacíficos é indefensos. La paz de Ryswick acabó con la guerra, pero dejó subsistentes los motivos y el odio.

Pronto se suscitó una guerra nueva, que puede llamarse la cuarta. Era gobernador de la Nueva Francia el marqués de Vaudreuil, que obtuvo la neutralidad de los iroqueses para que respetaran el territorio del Canadá, y por lo demás siguió el sistema del conde de Frontenac, enviando contra los colonos ingleses fronteras partidas de franceses é indios, que degollaron á hombres, mujeres y niños, é incendiaron las casas y aldeas. Mandaba estas bandas de asesinos un tal Hertel de Rouville, que destruyó así por sorpresa en medio del invierno, al frente de 340 canadienses é indios, la aldea de Deerfield, inmolando 47 personas, llevándose 113 como esclavas y haciéndolas sufrir todos los horrores imaginables del frio, del hambre, de las fatigas y de los crueles tratamientos. En el año 1703 tocó la misma suerte á la aldea de Haverhill. Las crueldades cometidas por los franceses é indios fueron tan horrosas y bestiales como inútiles.

Los ingleses nada emprendieron hasta el año 1710, en que con una escuadra y por medio de un golpe de mano se apoderaron de toda la Acadia, esta vez para siempre. Otra expedicion contra Quebec tuvo mal resultado; ocho buques naufragaron en el rio San Lorenzo, desgracia que costó la vida á 884 tripulantes y que salvó á Montreal, pues la expedicion terrestre dirigida contra esta plaza retrocedió al saber la pérdida de la escuadra que debía apoyarla, y la tribu india llamada de los zorros, que sitiaba á Detroit, fué destruida del todo por las fuerzas francesas. La paz de Utrecht puso fin á esta guerra, mas para la América del Norte no tuvo otro resultado trascendental que las concesiones importantes que la Francia hizo á Inglaterra en las pesquerías de Terranova.

Relaciones de las colonias francesas é inglesas con los indios á principios del siglo XVIII

La Francia, durante toda la primera mitad del siglo XVIII, extendió su poder con incesante energía por el centro, Oeste

y Mediodía del continente norte-americano; en todos los puntos principales los franceses construyeron fuertes, casas de mision y factorías fortificadas; sus traficantes y cazadores montaraces penetraban en las tribus mas apartadas y bravías, y productos franceses como fusiles, hachas, telas, perlas, tabaco y aguardiente se encontraban así entre los esquimales nómadas de la region ártica como entre las tribus del Oeste, al otro lado del Mississippi. Todos estos productos se cambiaban por pieles, de modo que solo una parte mínima de este comercio pasaba por las manos de los especuladores de las colonias inglesas, que con sus gobiernos casi autónomos é independientes uno del otro no se encontraban en situacion de seguir una politica comun, consecrante y enérgica, respecto de los naturales del país. Sus parlamentos estaban en desavenencia permanente con los gobernadores, especialmente el de Nueva York, donde la vecindad de los feroces iroqueses exigía respecto de ellos una política decisiva aunque prudente. En efecto, los iroqueses, si se hubiera procurado tenerles contentos, podrian haber sido un arma terrible contra los franceses, á quienes odiaban mortalmente, prefiriendo el trato con los ingleses; pero los hombres que formaban el parlamento de Nueva York eran gente mezquina y de horizonte estrecho, mas afecta á sus intereses particulares que á los de la colectividad; mientras el gobernador, y cuando no sus paniaguados, escamoteaban los subsidios ó donativos que el gobierno de Inglaterra enviaba anualmente á los caciques iroqueses. Estos, orgullosos como eran, se sintieron á menudo del trato altanero y glacial de los funcionarios ingleses, y quejas análogas tenian los indios vecinos de las demás colonias.

Por el contrario, el gobierno francés se mostraba en extremo solícito para con los indios, entre los cuales trabajaban multitud de agentes que estudiaban su idioma y adoptaban sus costumbres, respetaban sus preocupaciones, los halagaban de todas maneras, y no se descuidaban en excitarlos contra los ingleses. Los caciques eran recibidos en los fuertes con toda ceremonia, salvas y redoble de tambores; se les regalaban uniformes brillantes, medallas, fajas y otros distintivos; se les hizo comer á la mesa de los oficiales, que léjos de burlarse, respetaban su vanidad, sus costumbres y creencias. El mismo conde de Frontenac se pintaba como ellos cuando le parecia conveniente, bailaba su danza guerrera y cantaba con ellos su canto bélico cuando les visitaba en su campamento.

Al principio los gobernantes fomentaron las uniones matrimoniales entre franceses é indios, con la esperanza de atraer á estos á la civilizacion y á la religion católica; pero estas esperanzas salieron fallidas y sucedió cabalmente lo contrario, pues en lugar de trasformarse los indios en franceses, los franceses que emparentaron con ellos se trasformaron en salvajes. Centenares de franceses adoptaron las costumbres indias, se asociaban con una mujer de alguna tribu y vivian como el resto de ella, resultando mezclas de todos los grados imaginables. Estos franceses en nada se distinguian de los salvajes: hablaban, se pintaban, vivian, cazaban, bailaban, cantaban y desollaban á sus enemigos como ellos, y compartian sus creencias y preocupaciones primitivas. Esta clase de europeos selvícolas no ha desaparecido todavía hoy.

Jamás se mezclaron los ingleses tan íntimamente con los indígenas; los que compraban entre los indios pieles, á cambio de productos de su nacion, perdieron los usos del mundo civilizado, se volvieron rudos y montaraces á fuerza de correr peligros, pero jamás se convirtieron en indios hasta el punto de confundirse con ellos. Los colonos fronterizos, siempre rudos y adustos, despreciaban á los indios, y cuando

podían y les convenia, se introducían en sus territorios y roturaban los terrenos que mejor les parecían. Solo la colonia de Pensilvania, y especialmente su fundador Penn, trataron á los indios con humanidad y prudencia, y los resultados probaron que esta política era la mas acertada. Los indios llamados delaware, por habitar la cuenca del rio Delaware (1), habiendo sido vencidos y en su mayor parte exterminados se apresuraron á aceptar los ofrecimientos amistosos de Penn y de sus cuáqueros; pero tambien fueron hipócritamente explotados y despojados de una vasta y feraz comarca bajo pretexto de un pacto del siglo anterior de valor legal muy dudoso y á mayor abundamiento declarado nulo en un posterior convenio. En virtud de aquel pacto tuvieron que ceder el citado territorio en la orilla derecha del Delaware hasta una extension que un hombre podia andar á pié en día y medio. Para esto eligieron los cuáqueros el mejor andarín que pudieron encontrar, le ensayaron por espacio de muchos días antes, luego quitaron todos los obstáculos del camino, y preparado todo, el andarín recorrió una distancia asombrosa, que entregó á los ingleses las mejores y mas populosas aldeas y los mas ricos campos de maíz. Los indios engañados no quisieron dejarse despojar tan indignamente y los ingleses les habrían obligado ciertamente con las armas á ceder si á la sazón no hubiese tenido aun mucha influencia el elemento cuáquero en el parlamento de la colonia, y sabido es que los cuáqueros detestan las guerras, el oficio de las armas y el derramamiento de sangre. En esta situacion, los colonos echaron mano de los iroqueses, encargándoles la expulsion de los delaware rehacios. Estos no aguardaron tan terrible extremo y emigraron á la cuenca del rio Susquehanna; pero de allí tambien les expulsaron los colonos irlandeses y alemanes, que se habian establecido bajo la bandera inglesa, y los delaware retrocedieron hasta el Ohío.

Tercera guerra intercolonial

Los colonos de la Nueva Inglaterra, sobre todo los mas próximos al Canadá, no podían oír este nombre ni mirar á sus vecinos franceses sin horror, porque les recordaban las sorpresas y matanzas nocturnas de centenares de pacíficas familias de compatriotas suyos. A esto se agregaba el odio antiguo que como protestantes les inspiraban los franceses católicos, á quienes llamaban *sayones del Papa*. Pretextos para una nueva guerra intercolonial abundaban siempre, y esta vez la lucha se habia hecho inevitable, pues que la guerra entre Inglaterra, Francia y otras naciones asolaba á la sazón la Europa. En estas circunstancias, el gobernador Shirley, de Massachusetts, propuso al parlamento de esta colonia la conquista de Louisbourg, plaza muy fuerte que los franceses habian construido, entre los años 1716 y 1720 (2), en la costa meridional de la isla de Cabo Breton para servir de llave al rio San Lorenzo. La asamblea de la colonia aceptó la proposicion por solo un voto de mayoría, porque el temor de un descalabro era grande, pues que aquella fortaleza tenia fama de inexpugnable, mientras que la colonia no disponia de mas fuerza armada que las milicias ó mejor dicho somatenes, que se convocaron al efecto, y de algunos buques de guerra que como único auxilio habia enviado el gobierno de Inglaterra. El mando de la fuerza armada de la colonia fué confiado á un rico comerciante del Maine que carecia de toda experiéncia militar, aunque era muy buen patriota; de

suerte que la colonia emprendió esta guerra sin tropa regular, sin jefe militar perito y, lo que era todavía peor, sin artillería, tan indispensable para emprender el sitio de una plaza fuerte reputada inexpugnable. La única circunstancia favorable de esta expedicion se debió á una ligereza francesa. Los canadienses habian roto las hostilidades, como acontecia casi siempre, y despues de tomar un pequeño fuerte marítimo inglés y llevarse prisioneros á Louisbourg los ochenta hombres de su guarnicion, dejaron allí en libertad á algunos de ellos, los cuales informaron á sus compatriotas de que, si bien aquella plaza era un pequeño Gibraltar, estaba muy descontenta la guarnicion por la mala calidad de los víveres, por el servicio, fatigoso en extremo, y por no haber cobrado el sueldo desde mucho tiempo. Dijeron tambien que, por otra parte, el gobernador de la plaza no tenia nada de enérgico. La guarnicion contaba 1,600 plazas, 200 piezas de artillería defendian la fortaleza, rodeada de baluartes de diez metros de altura, y detrás de estos habia que atravesar un foso de unos 27 metros de ancho.

El último día de abril de 1745 llegaron delante de la plaza las fuerzas de Massachusetts con 18 cañones y 3 morteros, servidos por gente que ninguna práctica tenian; un miliciano que era herrero repuso en estado de servir un número de piezas de artillería que los franceses habian dejado clavadas al abandonar un fuerte avanzado, y un carpintero que funcionaba con el grado de comandante se cuidó de hacer pasar los cañones por el terreno pantanoso. Era una locura emprender con tales elementos el sitio de una plaza tan formidable como aquella. Los ingleses dieron un asalto nocturno que fué rechazado y costó la vida á unos doscientos hombres; pero en cambio lograron apoderarse en el puerto, y bajo el fuego de la fortaleza, de un buque de guerra francés de 64 cañones y sacarlo fuera. Este golpe, y las claras señales de insubordinacion y descontento que empezaba á dar la guarnicion, desanimaron al gobernador de la plaza, que se llamaba Duchambon. La negociacion fué corta y Louisbourg pasó á poder de Inglaterra. Una escuadra francesa, enviada en 1746 con el objeto de recuperar la plaza, fué dispersada por los temporales; además se desarrollaron muchas enfermedades á bordo de los buques hábiles; de suerte que no se llegó á intentar siquiera un ataque. Otra escuadra enviada despues con el mismo encargo fué apresada por los almirantes ingleses Warren y Anson.

La paz de Aquisgrán puso fin, en 1748, á las guerras en Europa y en las colonias pertenecientes á las naciones beligerantes; pero la cláusula del tratado de paz que ordenaba la restitucion de la plaza de Louisbourg á los franceses excitó gran descontento en la Nueva Inglaterra, que quedaba así despojada del fruto de los grandes sacrificios que habia hecho. En Nueva York se dijo en alta voz que este despojo se habia consentido por el gobierno de Lóndres para que las colonias no llegasen á conocer su propia fuerza. Que la Nueva Francia debia desaparecer, era idea en que el gobierno inglés estaba conforme con sus colonias, solo que no queria dejar á estas que acabasen por sí solas y sin su auxilio con el dominio francés en el continente americano.

No tardó mucho en presentarse un pretexto para una nueva guerra intercolonial franco-inglesa, guerra que fué la cuarta y última. Los franceses iban avanzando sin interrupcion por la cuenca del Ohío, donde los indios estaban muy excitados contra los ingleses, por lo cual lograron sin mucho trabajo ponerlos á su favor. Los mismos iroqueses habian olvidado su antiguo odio á los canadienses, y además tenian estos de su parte á las numerosas tribus de indios medio civilizadas establecidas en el Canadá y á las salvajes y mas numerosas que habitaban la region de los grandes lagos y

(1) El verdadero nombre de esta rama algonquina era lenis ó lénapes. Comprendia las tribus ó sub-ramas de los pennacoques, patuquetes, narragansetes, mohicanos, susquehanoques, acomagues, pahatanes, etc., y de su idioma proceden los nombres Mississippi, Massachusetts, Connecticut, Aleghanis, etc. (N. del T.)

(2) Fué arrasada en 1745.